

ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS
PARA LA EDUCACION, LA CIENCIA Y LA CULTURA

Discurso pronunciado por
el Sr. Amadou-Mahtar M'Bow

Director General
de la Organización de las Naciones Unidas
para la Educación, la Ciencia y la Cultura
(Unesco)

con motivo de la celebración del 50° aniversario
de la Academia Pontificia de Ciencias

Roma, 27 de octubre de 1986

Señor Presidente,
Distinguidos miembros de la Academia Pontificia de Ciencias,
Señoras y señores,
Estimados amigos:

En este día 27 de octubre de 1986 en el que por iniciativa de Su Santidad el Papa Juan Pablo II se celebra la Oración por la Paz en Asís, cuna de San Francisco, cuya vida estuvo dedicada al servicio de los pobres y a la concordia entre los pueblos, se conmemora en Roma el 50° aniversario de la creación o, más exactamente, de la restauración por el Papa Pío XI de la Academia Pontificia de Ciencias.

Es una feliz coincidencia la de estos dos acontecimientos, ya que ambos tienen el mismo alcance universal. Ambos reúnen a hombres y mujeres que, en la oración o en la reflexión, orientan sus pensamientos hacia asuntos que guardan una estrechísima relación con el destino de la humanidad y de los hombres del mundo entero.

Por ello, quisiera manifestar mi profundo agradecimiento a mi gran amigo el profesor Carlos Chagas, Presidente de la Academia, por el honor de que me ha hecho objeto al invitarme a participar en esta ceremonia, en la que me complace observar la presencia de tantos sabios e investigadores eminentes, entre los que se encuentran numerosos amigos.

La Academia Pontificia de Ciencias ha demostrado en estos últimos 50 años que podía reunir a eruditos e investigadores del mundo entero, movidos por una misma voluntad: la de hacer retroceder incesantemente las fronteras de lo desconocido, para contribuir al progreso de las sociedades y mejorar la condición humana. Pero al prestar particular importancia a los aspectos espirituales y éticos de la investigación, ha agregado a su misión específicamente científica una dimensión que la completa muy positivamente y que le confiere un lugar preponderante en el mundo científico. Constituye un foro único de cooperación internacional, pero, ante todo, un lugar privilegiado en el que sin presión política o gubernamental alguna y sin subordinación a intereses específicamente nacionales, hombres y mujeres consagrados a los trabajos científicos más avanzados de nuestra época pueden meditar juntos sobre las finalidades de sus investigaciones y alertar a las conciencias sobre las repercusiones de éstas.

Es éste un logro valiosísimo para toda la humanidad precisamente cuando los espacios de libertad tienden a veces a reducirse. De hecho, la Academia Pontificia de Ciencias ha demostrado en múltiples ocasiones que podía ser una autoridad indiscutida, respecto a la ciencia y sus aplicaciones, en todo lo relativo a la salvaguardia de la vida y de los valores fundamentales sin los que las sociedades humanas podrían hundirse en el caos.

DG/86/43 - pág. 2

Por ello quisiera, en nombre de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, la Unesco, y en el mío propio, reiterarles nuestra profunda estima y desear que la Academia siga llevando a cabo sin tregua su misión de progreso, de paz y de fraternidad humana.